

DESPUES de "Police Pyhton", "La menace" ("La amenaza"), un nuevo film policíaco.

¿Abandona Montand el género político?

YVES MONTAND.—No, en absoluto... Voy a rodar en breve con Joseph Losey una película con guión de Jorge Semprún—"Las rutas del Sur" es el título provisional—. Se trata de un conflicto de generaciones, con España como telón de fondo.

—Estronar una película sin ningún aliciente político a pocos meses de las elecciones de mil novecientos setenta y ocho, ¿no es casualidad?

Y. M.—Tal vez no... Para ser sincero, estoy un poco al margen del debate entre la mayoría y la oposición, como les pasa a muchos franceses. Salvo los incondicionales, claro está. Pero los incondicionales tienen cada cinco o diez años un despertar brutal. Lloran un poco durante veinticuatro horas y luego se largan como un solo hombre. Son gente muy peligrosa.

—Pero usted es un hombre de izquierda...

Y. M.—Con prudencia... Que no cuenten otra vez conmigo. La izquierda tiene una pesada cruz que llevar a cuestas, lo siento. Me refiero a todos los crímenes cometidos en su nombre, empezando por el Gulag. Tal vez esto que digo desespere a los trabajadores de Billancourt, pero los de la Renault también me desesperan, negándose a apoyar a Sajarov...

—En un momento en que la izquierda está a punto de llegar al poder, va usted y le da la espalda a su pasado de militante.

Y. M. (Tras un silencio).—La derecha no me tienta porque no conduce a nada. Pero al mismo tiempo me voy separando de la izquierda, con pesar, porque resulta frustrante sentirse al margen. Era mucho mejor antes, cuando tenía mi catecismo y mi buena conciencia...

—Stalinista...

Y. M.—Sí, stalinista, porque yo fui stalinista, es verdad, por generosidad, por ingenuidad y tal vez también por ignorancia...

—¿Qué le llevó a convertirse en "compañero de viaje" del Partido Comunista Francés?

Y. M.—Fue el medio. En cierto modo, yo era comunista de nacimiento. Crecí en medio de la miseria, la que se oculta tras una sonrisa y no pide nada a nadie. Tras el incendio de nuestra casa, mi padre huyó a pie de la Italia fascista y llegó a Marsella. La familia le siguió en carro. Soy, pues, hijo de un trabajador inmigrado. Mi padre trabajaba de diez a doce horas en un almacén de aceite. Cuando acababa la jornada, venciendo el sueño como podía, iba a clase de francés. Para luchar. Era su primer acto revolucionario. Políticamente era más bien socialista, pero socialista unitario.

—Usted ha perdido el contacto con su medio de origen...

Y. M.—Sí, por la fuerza de las circunstancias.

YVES MONTAND SE CONFIESA

FRANZ-OLIVIER GIESBERT

Cincuenta y seis años, cuarenta películas, centenares de canciones, ingresos astronómicos. Pero Yves Montand es mucho más que todo eso: el "muchachote viril, tierno y divertido", tal y como le describió su amigo Prévert, el compañero de viaje del Partido Comunista Francés, el antiguo estibador que hoy circula en Ferrari ("¿Y qué? Yo no exploto a nadie"...).

¿Contradicciones las que se dan en Montand? Sí, pero él lo sabe y no trata de ocultarlo.

—¿Cuándo ha visto a un obrero por última vez?

Y. M. (Enciende el cigarrillo con parsimonia).—Hace un mes, en Saint-Paul-de-Vence... Obreros inmigrados que trabajan en el comedor del hotel donde yo estaba hospedado. No nos dijimos apenas nada. (Gesto de contrariedad.) Pero, ¿qué quieres? No me va el paternalismo. Sinceramente, no sé qué podría hacer en la fábrica...

—Usted era tan stalinista que viajó a la Unión Soviética en mil novecientos cincuenta y seis, con lo que caucionó en cierto modo la presencia de los tanques rusos en Budapest. ¿Qué es lo que finalmente le abrió los ojos a la realidad soviética?

Y. M.—Fueron mil detalles minúsculos... Un día, nuestro guía se perdió a ochenta kilómetros de Moscú. Pudimos ver casas donde vivían amontonadas cinco familias... Pero incluso la realidad oficial le helaba a uno la sangre. La desgracia se refleja en las miradas, ¿sabes? Antes de volver a París, Simone y yo hablamos cinco horas con papá Jruschov... Una discusión apasionada... Con su sentido común de campesino ucraniano, Jruschov se daba cuenta seguramente del fracaso del sistema so-

viético. Pero no lo decía. Tenía respuesta para todo, como todos los "apparatchiks".

—Veinte años después, ¿el stalinismo sigue vivo?

Y. M.—¡Y hasta qué punto! Sigue vivo en los países del Este, en la Unión Soviética...

—Pero, ¿en París?

Y. M. (Pasa un ángel).—Hay todavía en el Comité Central gente que sirvió a Stalin y Beria. No se lo perdono. Puedo comprender a los militantes que "sabían", pero que cerraban la boca y continuaban la lucha, desgarrados interiormente. No a los hombres del aparato, que seguían haciendo de las suyas. No sólo levantaron altares a papá Stalin, sino que excluían y humillaban descaradamente a militantes ejemplares, como Charles Tillon y tantos otros. Me refiero a la tortura moral... Yo he sufrido más con nuestros propios crímenes que con los de los "colaboracionistas"... Los stalinistas nos dijeron que había que educar al hombre (su voz cobra un tono grave), pero en lugar de esto el stalinismo engendró los campos de concentración. Por eso mismo me escandaliza la campaña contra los "nuevos filósofos", André Glucksmann y Bernard-Henry Lévy apenas han inventado nada. Es cierto que para mí son un poco herméticos. Pero tienen razón al proseguir la obra de desmitificación emprendida por Trotsky. Ojalá "Les Maitres penseurs" o "La Barbarie à visage humain" lo hubiera escrito algún miembro del Partido Comunista Francés. Sólo que los "camaradas" siempre desperdician la ocasión. Un viejo hábito. Hay que ver cómo nos insultaron cuando el estreno de "La confesión". En mil novecientos setenta, era una película "anticomunista". Ya no. Que cada cual saque su moraleja...

—Usted debe sentirse entonces próximo a los socialistas...

Y. M.—Bastante... Tengo una gran debilidad por Michel Rocard. Un tipo tremendamente positivo. El por lo menos no cae en la demagogia fácil...

—Si usted no hubiese salido de la fábrica de Marsella, ¿hablaría del mismo modo?

Y. M.—No me irás a hacer un proceso, hijo. Aunque estuviese en la fábrica, me haría ciertas preguntas...

—Pero usted es un privilegiado...

Y. M.—¿Y bien? Yo no exploto a nadie. Pero también soy consciente de mis contradicciones...

—¿Cuánto dinero gana por película?

Y. M.—Depende. A veces, nada. En otros casos, tres millones de francos. Cuando se trata de productores independientes, normalmente me contento con un porcentaje sobre los ingresos. Es una apuesta. Que uno puede ganar: caso de "El salario del miedo" o "César y Rosalía", que rodé en esas condiciones, pero también perder: "Tout va bien", de Godard, por ejemplo, no me proporcionó un solo céntimo. Cuando trabajo con productoras grandes, me aprovecho y pido el máximo...

—¿Qué hace con el dinero que gana?

Y. M.—Tengo un Ferrari modelo mil novecientos sesenta y cinco, una casa en el Eure y cinco o seis hectáreas en la costa de Bretaña. El resto lo tengo depositado en el Crédit Lyonnais. Será suficiente para nuestra vejez... ¿Qué otra cosa podría hacer?

—¿No se ha sentido jamás tentado de montar su propia productora como otros actores franceses?

Y. M.—Sí... En los años cincuenta lancé una con Simone y tres o cuatro amigos. Se llamaba Dauphine-Production. Fue un fracaso. Uno no se convierte en hombre de negocios de la noche a la mañana. Además, la industria del cine es muy compleja... Abundan los mangantes...

—¿Por qué no invierte sus millones en la lucha política?

Y. M.—Tal vez porque procedo de una familia de campesinos de Toscana. Cuando comencé a cantar, enviaba a mi familia la cuarta parte de mis ingresos, me gastaba otra cuarta parte y el resto lo ahorraba. Ahora no tengo necesidades. El único lujo que me permito es viajar en primera en avión.

—Pronto cumplirá los cincuenta y seis. ¿Se siente viejo?

Y. M.—Por un lado, tengo la sensación de que la vida acaba de empezar. Por otro, sé que cuando se llega a los cincuenta uno la va ya dejando atrás. ¿Sabías que a partir de los treinta y cinco años el cerebro pierde aproximadamente cien mil neuronas al día? ¿Suicidarse? ¡Pero si tengo ganas de hacer tantas cosas! Reflexionar, mirar, amar.

—Después de treinta y ocho años de carrera, ¿conserva algún mal recuerdo?

Y. M.—No, cada uno de mis fracasos ha sido para mí un enriquecimiento. En cuanto a mi primer fracaso, "Les portes de la nuit", de Marcel Carné, desde entonces se ha convertido en un clásico que dan en todos los cine-clubs. No tengo más que buenos recuerdos, en el fondo.

—¿Por ejemplo?

Y. M.—Toda la gente a la que he conocido. Simone, Edith Piaf, Jean-Paul Sartre o Emile, el proletario de la fábrica de pastas alimenticias que solía liar sus cigarrillos y que tenía una pipa de madera de cerezo. No había leído nunca a Sócrates, pero decía cosas sencillas y hermosas. ■ Copyright Yves Montand y "Le Nouvel Observateur".



Yves Montand, por Vázquez de Sola.